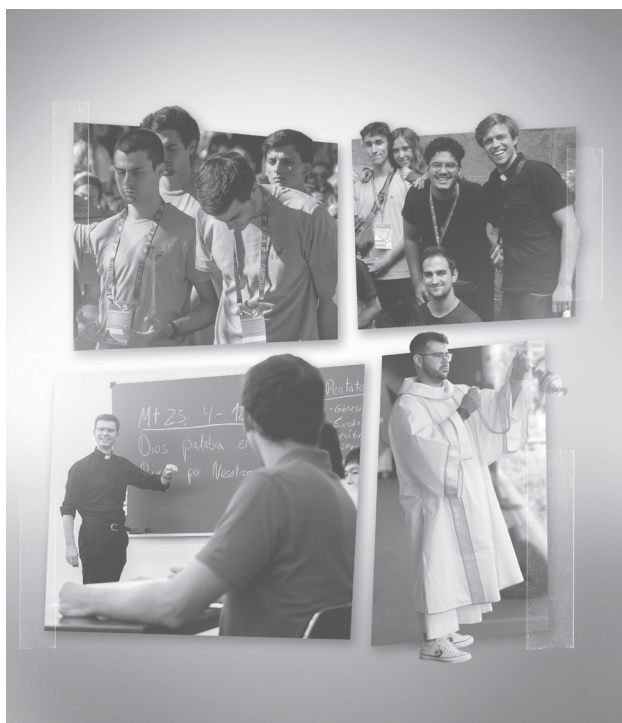




Padre, envíanos pastores

Día del Seminario 2024



Catequesis para adultos

© Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4

28033 Madrid

Tlf.: 91 171 73 99

edice@conferenciaepiscopal.es

CATEQUESIS PARA ADULTOS

Padre, envíanos pastores

Objetivos

- Comprender y apreciar la belleza del sacerdocio en la tradición católica.
- Entender los elementos sustanciales del orden sacerdotal.
- Valorar la necesidad que el pueblo de Dios tiene de los sacerdotes y animar a los fieles a pedir a Dios que le envíe muchos y santos sacerdotes.

Material

- Sagrada Biblia.
- *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1536-1600.
- *YouCat*, 249-259.
- *Compendio del Catecismo* (comentado por monseñor José Ignacio Munilla), nn. 322-336 (Aquí la lista de reproducción: <https://bit.ly/47USbSB>).
- Scott HAHN – Jaime SOCÍAS, *La fe cristiana explicada. Introducción al catolicismo* (Edibesa, Madrid 2020). Capítulo 15: «Sacramentos al servicio de la comunidad: el orden sacerdotal», pp. 342-360.

Vídeos de apoyo

- Lista de reproducción en español: <https://bit.ly/41382w0>



— Lista de reproducción en inglés: <https://bit.ly/3N4Cu3p>



Oración inicial

Adsumus

(de san Isidoro de Sevilla)

Estamos ante ti, Espíritu Santo,
reunidos en tu nombre.

Tú que eres nuestro verdadero consejero:
ven a nosotros, apóyanos,
entra en nuestros corazones.

Enséñanos el camino,
muéstranos cómo alcanzar la meta.
Impide que perdamos el rumbo
como personas débiles y pecadoras.
No permitas que la ignorancia
nos lleve por falsos caminos.

Concédenos el don del discernimiento,
para que no dejemos
que nuestras acciones se guíen
por prejuicios y falsas consideraciones.

Condúcenos a la unidad en ti,
para que no nos desviemos
del camino de la verdad y la justicia,
sino que en nuestro peregrinaje terrenal
nos esforcemos por alcanzar la vida eterna.

Esto te lo pedimos a ti,
que obras en todo tiempo y lugar,
en comunión con el Padre y el Hijo
por los siglos de los siglos.
Amén.

Preguntas previas

Proponemos hacer un ejercicio previo con los participantes en la catequesis. Se les da la siguiente lista de preguntas y se les pide que la lean individualmente. Cada uno debe elegir una pregunta a la que crea que sabe responder y otra a la que no sabe (pero que le interesa conocer mejor). También cada cual puede añadir preguntas que él se haga sobre el sacerdocio. Por parejas comparten este trabajo individual para ver coincidencias, quién puede responder a qué, etc.

Después se pone en común este trabajo previo en gran grupo. Con este método se puede ver cuáles de los temas que se proponen en esta catequesis son prioritarios o más necesarios para cada grupo concreto.

- ¿De qué te suena Melquisedec? ¿Qué relación tiene con el sacerdocio?
- ¿Qué imagen hay del pastor en las Escrituras? ¿Cómo se puede relacionar con el sacerdocio católico?
- ¿Con qué palabras instituyó Cristo el sacramento del orden?
- ¿Cuáles son los tres grados del sacerdocio?
- ¿Qué vocabulario técnico conoces sobre el sacerdocio?
- El *triplex munus*: ¿en qué triple forma sirven los sacerdotes al pueblo de Dios?
- ¿En qué necesitáis tú y tu comunidad a los sacerdotes?
- ¿Qué nos dice Cristo que hagamos ante la necesidad de más sacerdotes? ¿Qué métodos hay para superar esa carencia y que no son coherentes con la fe católica?
- Toda vida humana tiene implícita una vocación, una llamada específica por parte de Dios para formar parte de su plan de salvación para el mundo. ¿En qué sentido se puede ver en la Biblia esta idea de la vida como una vocación?

Recorrido por la Biblia y la Tradición

Se pueden leer algunos de estos textos bíblicos. Además, ofrecemos una reflexión que puede servir para comprender mejor cada pasaje.

Imágenes del sacerdocio en el AT

— Melquisedec (Gen 14)

Tras la victoria de Abrahán (aún Abrán) en su guerra contra los reyes, el patriarca hace una ofrenda muy significativa (el diez por ciento de lo que obtuvo) a un misterioso rey-sacerdote, que lo bendice en nombre del Dios altísimo con una ofrenda de pan y vino. Muy pronto, la tradición cristiana identificó a Cristo con este misterioso sacerdote.

— La escalera de Jacob (Gen 28,10-22)

Dios se muestra a Jacob como una escalera que va de cielo a tierra con ángeles que suben y bajan por ella. El mismo Jesús se identificará con esa escalera que une cielo y tierra (en el episodio de la llamada a Natanael, Jn 1,47-51).

En agosto de 2019 el obispo Robert Barron, en la ordenación de seis sacerdotes dominicos¹, dijo:

El venerable Fulton Sheen dijo que cada sacerdote es una escalera de Jacob, es decir, alguien que conecta el cielo y la tierra. El sacerdote debe ser capaz de viajar a lo más profundo para alcanzar incluso a los más perdidos de los perdidos y debe ser capaz al mismo tiempo de llegar lo suficientemente alto para facilitar el camino al cielo.

Como *sacerdotes*, santificaréis; como *profetas*, enseñaréis; como *reyes*, guiaréis y gobernaréis. Hermanos: vosotros vais a ser escaleras para que otros puedan subir a través de vosotros al cielo; seréis *sacerdotes* para que vuestra gente pueda escuchar las verdades salvíficas; seréis *reyes* para que vuestra gente pueda recorrer el camino de la salvación.

Así que, hermanos: amad al pueblo que servís, santificadlo, enseñadle, guiadlo, sed una escalera de Jacob para él.

¹ <https://www.youtube.com/watch?v=4N6aZrQ9dXY>

— Sacerdocio de Aarón (Lev 8)

Mientras el pueblo va por el desierto, Moisés recibe de Dios el encargo de consagrar a su hermano Aarón como sacerdote que ofrezca sacrificios de expiación por su pueblo. La fastuosa ceremonia de consagración nos habla de la importancia de este sacerdocio con el que, de alguna manera, Jesús y el sacerdocio católico también están relacionados.

— Moisés intercede por su pueblo (Ex 32-34; en particular Ex 32,30-34)

Cuando el pueblo de Israel, caracterizado por su «dura cerviz» se rebela contra el Dios que lo ha salvado, Moisés intercede por ellos. Un hombre se pone ante Dios para pedir perdón en nombre del pueblo y rescatarlo de las consecuencias de su rebeldía.

El sacerdocio en Cristo y en la Iglesia

CRISTO SACERDOTE EN LOS EVANGELIOS

— *Jesús enseña y se conmueve por las multitudes (Mt 9,35-38)*

Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia. Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, «como ovejas que no tienen pastor». Entonces dice a sus discípulos: «La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies».

— *Jesús Buen Pastor (Jn 10, 11-15)*

Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas; el asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo las roba y las dispersa; y es que a un asalariado no le importan las ovejas. Yo soy el Buen Pastor, que conozco a las mías, y las mías me conocen, igual que el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas.

— *Jesús instituye el sacerdocio (Mt 26,26-29)*

Mientras comían, Jesús tomó pan y, después de pronunciar la bendición, lo partió, lo dio a los discípulos y les dijo: «Tomad, comed: esto es mi cuerpo». Después tomó el cáliz, pronunció la acción de gracias y dijo: «Bebed todos; porque esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para

el perdón de los pecados. Y os digo que desde ahora ya no beberé del fruto de la vid hasta el día que beba con vosotros el vino nuevo en el reino de mi Padre».

— *Jesús explica a sus apóstoles su modo de gobernar (Lc 22,24-30)*

Se produjo también un altercado a propósito de quién de ellos debía ser tenido como el mayor. Pero él les dijo: «Los reyes de las naciones las dominan, y los que ejercen la autoridad se hacen llamar bienhechores. Vosotros no hagáis así, sino que el mayor entre vosotros se ha de hacer como el menor, y el que gobierna, como el que sirve. Porque ¿quién es más, el que está a la mesa o el que sirve? ¿Verdad que el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve. Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas, y yo preparo para vosotros el reino como me lo preparó mi Padre a mí, de forma que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

— *Jesús transmite el sacerdocio a sus apóstoles (Jn 20,19-23)*

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos».

CRISTO, SACERDOTE Y VÍCTIMA, EN EL NT

La carta a los Hebreos en su conjunto es una magnífica explicación del sacerdocio de Cristo. Se puede hacer una lectura orante de la parte dedicada al sacerdocio de Cristo: Heb 4,14-10,18. Ponemos aquí un extracto significativo (Heb 5,1-10):

Todo sumo sacerdote, escogido de entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios: para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Él puede comprender a los ignorantes y extraviados, porque también él está sujeto a debilidad. A causa de ella, tiene que ofrecer sacrificios por sus propios pecados, como por los del pueblo. Nadie puede arrogarse este honor sino el que es llamado por Dios, como en el caso de Aarón. Tampoco Cristo se confirió a sí mismo la dignidad de sumo sacerdote, sino que la recibió de aquel que le dijo: «Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy»; o, como dice en otro pasaje: «Tú eres sacerdote

para siempre según el rito de Melquisedec». Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote según el rito de Melquisedec.

El sacerdocio en los padres de la Iglesia

Los grandes pensadores de los primeros siglos de la Iglesia nos ofrecen una rica tradición de la que podemos seguir bebiendo hoy. También hablaron sobre el sacerdocio. Ofrecemos el enlace a un artículo online (<https://bit.ly/47zST86>) que detalla la imagen del sacerdocio según los padres y que puede servir para la reflexión en grupo. Aquí copiamos las conclusiones de ese artículo.

En las diversas y profundas enseñanzas que nos han dejado los Padres de la Iglesia sobre el sacerdocio, podemos fijar algunas ideas esenciales:

- (1) El sacerdote posee una referencia esencial a Cristo, sumo y eterno sacerdote.
- (2) Gracias a la sucesión apostólica, existe un verdadero ministerio sagrado en la Iglesia aunque la terminología progresivamente se ha ido perfilando. El obispo —*episkopoi*— y los presbíteros —*presbyteroi*— son verdaderos sacerdotes, pero es el obispo quien hace de cabeza en la Iglesia particular y los presbíteros son sus colaboradores.
- (3) Los Padres de la Iglesia señalan una serie de rasgos para describir al sacerdote. Constantemente remarcan su condición de «hombre de Dios». Entre las características más relevantes están la excelsa dignidad del sacerdote; la necesidad que este tiene de corresponder al don recibido; la debilidad del sacerdote en cuanto que también es un hombre pecador y por eso debe vigilar constantemente; el celo pastoral como una grave exigencia del ministerio sacerdotal; y, la necesidad de una sólida vida interior.

Consultar aquí el artículo completo:



El sacerdocio en la reflexión intelectual

Santo Tomás de Aquino, uno de los mayores teólogos de la historia de la Iglesia, hace algunas reflexiones sobre el sacerdocio de Cristo y cómo este se transmite a la Iglesia. Presentamos aquí un extracto de sus reflexiones.

— *¿Le compete a Cristo ser sacerdote?*

El oficio propio del sacerdote es el de ser mediador entre Dios y el pueblo, en cuanto que: por un lado, entrega al pueblo las cosas divinas, de donde le viene el nombre de *sacerdote*, equivalente a *el que da las cosas sagradas*, conforme a las palabras de Mal 2,7: «Buscarán la ley de su boca», es decir, del sacerdote. Y por otro, ofrece a Dios las oraciones del pueblo, e igualmente satisface a Dios por los pecados de ese mismo pueblo. Por eso dice el Apóstol en Heb 5,1: «Todo pontífice tomado de entre los hombres, en favor de los hombres es instituido para las cosas que miran a Dios, para que ofrezca ofrendas y sacrificios por los pecados». Y esto compete principalmente a Cristo, pues por medio de él han sido conferidos dones a los hombres, según palabras de 2 Pe 1,4: «Por él —esto es, Cristo— nos hizo merced de preciosos y sumos bienes, para que por ellos os hagáis partícipes de la naturaleza divina». El reconcilió también al género humano con Dios, según el pasaje de Col 1,19-20: «En él, esto es, en Cristo, plugo (al Padre) que habitase toda la plenitud, y reconciliar por él todas las cosas. Por lo que a Cristo le compete de forma suprema ser sacerdote» (*Suma teológica* III, q. 22 a. 1).

— *Cristo, sacerdote y víctima a la vez*

Ahora bien, todos estos beneficios [que se derivan de los sacrificios] se han verificado en nosotros por medio de la humanidad de Cristo. Pues, efectivamente: primero, fueron borrados nuestros pecados, según las palabras de Rom 4,25: «Fue entregado por nuestros pecados». Segundo, por él recibimos la gracia que nos salva, conforme a Heb 5,9: «Fue hecho causa de salud eterna para todos los que lo obedecen». Tercero, por él hemos logrado la perfección de la gloria, como se lee en Heb 10,19: «Tenemos confianza, en virtud de su sangre, de entrar en el lugar de los santos», es decir, en la gloria celestial. Y por eso el propio Cristo, como hombre, no solo fue sacerdote, sino también víctima perfecta, siendo a la vez víctima por el pecado, hostia pacífica y holocausto (*Suma teológica* III, q. 22, a. 2).

— *Cristo estableció su sacerdocio no para sí mismo, sino para extenderlo a los demás*

El sacerdote es constituido mediador entre Dios y el pueblo. Y necesita de un mediador ante Dios aquel que no puede llegar hasta él por su propia

virtud; y un sujeto de esa naturaleza está sometido al sacerdocio al participar del efecto del mismo. Pero esto no corresponde a Cristo, pues dice el Apóstol en Heb 7,25: «Se acerca a Dios por sí mismo, viviendo eternamente, para interceder por nosotros». Y por eso no corresponde a Cristo recibir en sí mismo el efecto de su sacerdocio, sino, más bien, comunicarlo a los demás. En cualquier género de cosas, el primer agente influye de tal modo que él no es receptor de nada dentro de ese género; así, el sol ilumina, pero no es iluminado, y el fuego calienta, pero no es calentado. Ahora bien, Cristo es la fuente de todo sacerdocio, pues el sacerdote de la ley antigua era una figura de él, y el sacerdote de la nueva ley actúa en representación de Cristo, conforme a lo que se lee en 2 Cor 2,10: «Pues también yo, lo que he perdonado, si he perdonado algo en atención a vosotros, lo he hecho en representación de Cristo». Y, por eso, no le corresponde a Cristo recibir el efecto de su sacerdocio (*Suma teológica* III, q. 22, a. 4).

El sacerdocio en el Magisterio: triplex munus

Uno de los puntos centrales de la reflexión del magisterio actual, tras el Concilio Vaticano II, es la consideración del sacerdocio desde la perspectiva del triple oficio (*triplex munus*). Esto aparece aplicado a los obispos (*Lumen gentium*, 25-27) y a los sacerdotes (*Presbyterorum ordinis*, 4-6). Pero donde más sintéticamente aparece es en la exhortación *Pastores dabo vobis*, 26. Lo copiamos a continuación.

Gracias a la preciosa enseñanza del Concilio Vaticano II, podemos recordar las condiciones y exigencias, las modalidades y frutos de la íntima relación que existe entre la vida espiritual del sacerdote y el ejercicio de su triple ministerio: la Palabra, el sacramento y el servicio de la caridad.

El sacerdote es, ante todo, *ministro de la Palabra de Dios*; es el ungido y enviado para anunciar a todos el evangelio del reino, llamando a cada hombre a la obediencia de la fe y conduciendo a los creyentes a un conocimiento y comunión cada vez más profundos del misterio de Dios, revelado y comunicado a nosotros en Cristo. Por eso, el sacerdote mismo debe ser el primero en tener una gran familiaridad personal con la Palabra de Dios: no le basta conocer su aspecto lingüístico o exegético, que es también necesario; necesita acercarse a la Palabra con un corazón dócil y orante, para que ella penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos y engendre dentro de sí una mentalidad nueva: «la mente de Cristo» (1 Cor 2,16), de modo que sus palabras, sus opciones y sus actitudes sean cada vez más una transparencia, un anuncio y un testimonio del evangelio. Solamente «permaneciendo» en la Palabra, el sacerdote será perfecto discípulo del Señor; conocerá la verdad y será verdaderamente libre, superando todo condicionamiento contrario

o extraño al evangelio (cf. Jn 8, 31-32). El sacerdote debe ser el primer «creyente» de la Palabra, con la plena conciencia de que las palabras de su ministerio no son «suyas», sino de aquel que lo ha enviado. Él no es el dueño de esta Palabra: es su servidor. Él no es el único poseedor de esta Palabra: es deudor ante el pueblo de Dios. Precisamente porque evangeliza y para poder evangelizar, el sacerdote, como la Iglesia, debe crecer en la conciencia de su permanente necesidad de ser evangelizado. Él anuncia la Palabra en su calidad de ministro, partícipe de la autoridad profética de Cristo y de la Iglesia. Por esto, por tener en sí mismo y ofrecer a los fieles la garantía de que transmite el evangelio en su integridad, el sacerdote ha de cultivar una sensibilidad, un amor y una disponibilidad particulares hacia la Tradición viva de la Iglesia y de su magisterio, que no son extraños a la Palabra, sino que sirven para su recta interpretación y para custodiar su sentido auténtico.

Es sobre todo en la *celebración de los sacramentos*, y en la celebración de la Liturgia de las Horas, donde el sacerdote está llamado a vivir y testimoniar la unidad profunda entre el ejercicio de su ministerio y su vida espiritual: el don de gracia ofrecido a la Iglesia se hace principio de santidad y llamada a la santificación. También para el sacerdote el lugar verdaderamente central, tanto de su ministerio como de su vida espiritual, es la eucaristía, porque en ella «se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra pascua y pan vivo, que mediante su carne, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo, da la vida a los hombres. Así son ellos invitados y conducidos a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas sus cosas en unión con él mismo.

De los diversos sacramentos y, en particular, de la gracia específica y propia de cada uno de ellos, la vida espiritual del presbítero recibe unas connotaciones particulares. En efecto, se estructura y es plasmada por las múltiples características y exigencias de los diversos sacramentos celebrados y vividos.

Quiero dedicar unas palabras al sacramento de la penitencia, cuyos ministros son los sacerdotes, pero deben ser también sus beneficiarios, haciéndose testigos de la misericordia de Dios por los pecadores. Repito cuanto escribí en la exhortación *Reconciliatio et poenitentia*: «La vida espiritual y pastoral del sacerdote, como la de sus hermanos laicos y religiosos, depende, para su calidad y fervor, de la asidua y consciente práctica personal del sacramento de la penitencia. La celebración de la eucaristía y el ministerio de los otros sacramentos, el celo pastoral, la relación con los fieles, la comunión con los hermanos, la colaboración con el obispo, la vida de oración, en una palabra, toda la existencia sacerdotal sufre un inevitable decaimiento, si le falta, por negligencia o cualquier otro motivo, el recurso periódico e inspirado en una auténtica fe y devoción al sacramento de la penitencia. En un sacerdote que no se confesase o se confesase mal, su ser como sacerdote y su ministerio se resentirían muy pronto, y se daría cuenta también la comunidad de la que es pastor».

Por último, el sacerdote está llamado a *revivir la autoridad y el servicio de Jesucristo*, Cabeza y Pastor de la Iglesia, animando y guiando la comunidad eclesial, o sea, reuniendo «la familia de Dios, como una fraternidad animada en la unidad» y conduciéndola «al Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo». Este *munus regendi* es una misión muy delicada y compleja, que incluye, además de la atención a cada una de las personas y a las diversas vocaciones, la capacidad de coordinar todos los dones y carismas que el Espíritu suscita en la comunidad, examinándolos y valorándolos para la edificación de la Iglesia, siempre en unión con los obispos. Se trata de un ministerio que pide al sacerdote una vida espiritual intensa, rica de aquellas cualidades y virtudes que son típicas de la persona que preside y «guía» una comunidad; del «anciano» en el sentido más noble y rico de la palabra. En él se esperan ver virtudes como la fidelidad, la coherencia, la sabiduría, la acogida de todos, la afabilidad, la firmeza doctrinal en las cosas esenciales, la libertad sobre los puntos de vista subjetivos, el desprendimiento personal, la paciencia, el gusto por el esfuerzo diario, la confianza en la acción escondida de la gracia que se manifiesta en los sencillos y en los pobres (cf. Tit 1,7-8).

Términos y conceptos

Por orden alfabético, pero se puede elegir comentar algunos de ellos, si no todos.

Cardenal: Miembro de un colegio especial que elige al papa (colegio cardenalicio). Asiste al papa en el gobierno de la Iglesia².

Celibato: Estado de una persona que ha elegido permanecer soltera por el reino de los cielos con el fin de darse completamente a Dios y al servicio de su pueblo³.

² Código de Derecho Canónico (CIC), can. 349: Los cardenales de la santa Iglesia romana constituyen un colegio peculiar, al que compete proveer a la elección del romano pontífice, según la norma del derecho peculiar; asimismo, los cardenales asisten al romano pontífice tanto colegialmente, cuando son convocados para tratar juntos cuestiones de más importancia, como personalmente, mediante los distintos oficios que desempeñan, ayudando al papa sobre todo en su gobierno cotidiano de la Iglesia universal.

³ *Catecismo de la Iglesia Católica* (en adelante *Catecismo*), 1579: Todos los ministros ordenados de la Iglesia latina, exceptuados los diáconos permanentes, son ordinariamente elegidos entre hombres creyentes que viven como célibes y que tienen la voluntad de guardar el *celibato* «por el reino de los cielos» (Mt 19,12). Llamados a consagrarse totalmente al Señor y a sus «cosas» (cf. 1 Cor 7,32), se entregan enteramente a Dios y a los hombres. El celibato es un signo de esta vida nueva al servicio de la cual es consagrado el ministro de la Iglesia; aceptado con un corazón alegre, anuncia de modo radiante el reino de Dios.

Colegio episcopal: Cuerpo de los obispos de la Iglesia en comunión con el papa; también se lo puede llamar «episcopado»⁴.

Cura: forma popular de designar a los sacerdotes en español. Técnicamente el cura es el sacerdote que tiene «cura de almas» (es decir, el encargo de preocuparse por las almas de su parroquia), es decir, el párroco.

Diácono: Del griego *diákonos*, 'sirviente'. Hombre bautizado que ha sido ordenado en el tercer grado del sacramento del orden; ordenado no para el sacerdocio, sino para el ministerio y el servicio. Hay diáconos transitorios (se los ordena de diáconos antes de la ordenación presbiteral) y diáconos permanentes (estos pueden ser hombres casados).

Diócesis: Porción del pueblo de Dios que se encomienda a un obispo para ser cuidada por él, con la cooperación de sus sacerdotes, de tal manera que, permaneciendo cerca de su pastor y reunida por él a través del evangelio y la eucaristía en el Espíritu Santo, constituya una Iglesia particular. En esta Iglesia, la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica, existe y actúa verdaderamente⁵.

Dispensa: Permiso especial, privilegio o exención del derecho canónico, concedido por el papa, la Santa Sede o el obispo diocesano.

Eparquía: Diócesis en los ritos orientales de la Iglesia católica. Al obispo, pues, lo llaman «eparca».

Obediencia: Sumisión a la autoridad de Dios y a su ley divina. En términos eclesiásticos, la obediencia se refiere a la sumisión y fidelidad que un sacerdote debe a su obispo o superior religioso como representante de Dios⁶.

⁴ CIC 336: El colegio episcopal, cuya cabeza es el sumo pontífice y del cual son miembros los obispos en virtud de la consagración sacramental y de la comunión jerárquica con la cabeza y miembros del colegio, y en el que continuamente persevera el cuerpo apostólico, es también, en unión con su cabeza y nunca sin esa cabeza, sujeto de la potestad suprema y plena sobre toda la Iglesia.

⁵ CIC 369.

⁶ *Catecismo*, 1567: Los presbíteros, como colaboradores diligentes de los obispos y ayuda e instrumento suyos, llamados para servir al pueblo de Dios, forman con su obispo un único *presbiterio*, dedicado a diversas tareas. En cada una de las comunidades locales de fieles hacen presente de alguna manera a su obispo, al que están unidos con confianza y magnanimidad; participan en sus funciones y preocupaciones y las llevan a la práctica cada día (LG 28). Los presbíteros solo pueden ejercer su ministerio en dependencia del obispo y en comunión con él. La promesa de obediencia que hacen al obispo en el momento de la ordenación y el beso de paz del obispo al fin de la liturgia de la ordenación significa que el obispo los considera como sus colaboradores, sus hijos, sus hermanos y sus amigos y que a su vez ellos le deben amor y obediencia.

Obispo: Del griego *episkopos*, 'supervisor'. Por institución divina, sucede a los apóstoles por medio del Espíritu Santo y recibe la plenitud del sacramento del orden. Es constituido pastor de la Iglesia para ser maestro de la doctrina, sacerdote del culto sagrado y ministro de gobierno⁷.

Orden sacerdotal: Sacramento del ministerio apostólico por el que la misión confiada por Cristo a sus apóstoles sigue siendo ejercida en la Iglesia por medio de la imposición de manos, que deja una huella sacramental imborrable en el alma. Por medio de este sacramento, Dios otorga poderes sagrados a los ministros (obispos, sacerdotes y diáconos).

Ordenación: Rito sacramental por el que un obispo, a través de la imposición de las manos y la oración de consagración, ordena a un bautizado obispo, sacerdote o diácono y concede la autoridad para ejercer en nombre de la Iglesia un poder sagrado que viene de Cristo.

Ordenando: Bautizado que va a ser ordenado diácono, sacerdote u obispo.

Padre: Forma popular de llamar a los sacerdotes en el mundo católico. Hace referencia a la paternidad espiritual que conlleva el ejercicio del sacerdocio, que engendra hijos a la fe, los protege de los enemigos por los sacramentos y los alimenta con la eucaristía.

Pastor: No es habitual en el mundo católico referirse a los sacerdotes como «pastor», sino más bien en el mundo protestante para referirse a sus guías. Sí que solemos decir que el obispo que es el «pastor de su diócesis» y la imagen del pastor está muy relacionada con el sacerdocio. Los sacerdotes tienen que hacer suya la manera propia de amar de Jesucristo, Buen Pastor (hablamos de la «caridad pastoral» de los sacerdotes).

⁷ CIC 375: § 1. Los obispos, que por institución divina son los sucesores de los apóstoles, en virtud del Espíritu Santo que se les ha dado, son constituidos como pastores en la Iglesia para que también ellos sean maestros de la doctrina, sacerdotes del culto sagrado y ministros para el gobierno.

§ 2. Por la consagración episcopal, junto con la función de santificar, los obispos reciben también las funciones de enseñar y regir, que, sin embargo, por su misma naturaleza, solo pueden ser ejercidas en comunión jerárquica con la cabeza y con los miembros del colegio.

Presbiterado: Del griego *presbyteros*, 'anciano'. Cuerpo u orden de los presbíteros o sacerdotes, que colaboran con el obispo de una diócesis.

Sacerdote: Nombre común con que se designa a los presbíteros. Del latín *sacerdos*, 'hombre de lo sagrado'. En el Antiguo Testamento, los sacerdotes procedían de la tribu de Leví y se les confió la ofrenda de sacrificios en el templo. En la Iglesia, el sacerdote es un hombre bautizado y confirmado, ordenado para ser colaborador de su obispo, presidir liturgias públicas, celebrar los sacramentos y ayudar a su obispo en el servicio sacerdotal del pueblo de Dios. En la Iglesia latina solo son ordenados presbíteros hombres que hagan promesa de celibato. En las Iglesias católicas orientales, pueden ser ordenados presbíteros hombres casados.

Ejercicios prácticos poscatequesis

- Entrevista a un sacerdote para que te cuente cómo recibió su vocación. Pregúntale sobre las luchas, dudas y obstáculos que tuvo que superar en el camino. Interésate también sobre aquello que lo ayudó y lo animó en el camino.
- Imagina que tienes un amigo que está alejado de la Iglesia y que piensa que los sacerdotes se consideran superiores a los católicos y tratan de controlarlos. Explícale por qué a los sacerdotes se los puede llamar «servidores del pueblo de Dios».
- En febrero de 2025 tendrá lugar un Congreso Nacional de Vocaciones. ¿Podrías asistir para continuar allí tu formación cristiana? En todo caso, ofrece tus oraciones y ayunos por esta intención: que este congreso sirva para que los católicos en España crezcamos en nuestra conciencia sobre el tema de las vocaciones y para que el Señor envíe pastores a su pueblo.

Oración para el final de la sesión

Obedientes al mandato de Jesús, que nos dijo: «La mies es mucha y los obreros son pocos», oremos confiadamente a Dios, nuestro Padre.

Para que tu santo nombre sea conocido en todo tiempo y lugar,
— danos muchos y santos sacerdotes.

Para que todos los hombres reciban el anuncio del Evangelio,
— danos muchos y santos sacerdotes.

Para que en todas partes se ofrezca a tu nombre la oblación pura y santa del altar,
— danos muchos y santos sacerdotes.

Para que la vida de todos los hombres sea santificada y consagrada por medio de los sacramentos,
— danos muchos y santos sacerdotes.

Para que los niños sean enseñados en el amor y la alegría de los hijos de Dios,
— danos muchos y santos sacerdotes.

Para que los jóvenes encuentren en Cristo el ideal verdadero que llene sus vidas,
— danos muchos y santos sacerdotes.

Para que los enfermos y atribulados sean fortalecidos en la esperanza y atendidos en el amor,
— danos muchos y santos sacerdotes.

Para que los padres de familia encuentren consejeros y ayuda en su misión de educadores,
— danos muchos y santos sacerdotes.

Para que las comunidades cristianas sean congregadas en la unidad y regidas en la caridad,
— danos muchos y santos sacerdotes.

Para que la sociedad humana viva en la armonía de la justicia y el amor, la libertad y la paz,
— danos muchos y santos sacerdotes.

Recibe, Señor, nuestra oración, escúchala benigno y concédenos lo que te pedimos, dando a tu Iglesia numerosos y santos sacerdotes que vivan, trabajen y se entreguen por tu reino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Amén.

*Oración a María Santísima por las vocaciones
(oración final de Pastores dabo vobis)*

Oh, María,

Madre de Jesucristo y madre de los sacerdotes:
acepta este título con el que hoy te honramos
para exaltar tu maternidad
y contemplar contigo
el sacerdocio de tu Hijo unigénito y de tus hijos,
oh, Santa Madre de Dios.

Madre de Cristo,

que al Mesías sacerdote diste un cuerpo de carne
por la unción del Espíritu Santo
para salvar a los pobres y contritos de corazón:
custodia en tu seno y en la Iglesia a los sacerdotes,
oh, Madre del Salvador.

Madre de la fe,

que acompañaste al templo al Hijo del hombre,
en cumplimiento de las promesas
hechas a nuestros padres:
presenta a Dios Padre, para su gloria,
a los sacerdotes de tu Hijo,
oh, Arca de la Alianza.

Madre de la Iglesia,

que con los discípulos en el cenáculo
implorabas el Espíritu
para el nuevo pueblo y sus pastores:
alcanza para el orden de los presbíteros
la plenitud de los dones,
oh, Reina de los Apóstoles.

Madre de Jesucristo,
que estuviste con él al comienzo de su vida
y de su misión,
lo buscaste como maestro entre la muchedumbre,
lo acompañaste en la cruz,
exhausto por el sacrificio único y eterno,
y tuviste a tu lado a Juan, como hijo tuyo:
acoge desde el principio
a los llamados al sacerdocio,
protégelos en su formación
y acompaña a tus hijos
en su vida y en su ministerio,
oh, Madre de los Sacerdotes.

Amén.

